

ROBLEDO, Ricardo (coord.): **Historia de Salamanca. Siglo XIX**, Centro de Estudios Salmantinos, Salamanca, 2001, 585 págs., ISBN: 84-86820-25-1.

A lo largo del siglo XIX, y especialmente entre la década de los treinta y la de los setenta, la conducta político-social de los habitantes de la provincia de Salamanca fue presentada como un ejemplo rotundo de la «clásica lealtad castellana». La hegemonía de un liberalismo de orden y conservador contrastaba con la limitada capacidad de movilización de otras fuerzas progresistas y con las muy localizadas y esporádicas muestras de protesta popular y obrera. En otras palabras, frente a la efervescencia en todos los órdenes de la vida que experimentaron por esos mismos años otras zonas de España, Salamanca, como gran parte de las tierras castellano-leonesas, parecía vivir en una calma plácida, pero al margen, casi, de los grandes procesos de transformación históricos. O, al menos, así lo creían quienes construyeron la imagen de la leal Salamanca.

Los lectores que se acerquen a la obra *Historia de Salamanca. Siglo Diecinueve*, coordinada por Ricardo Robledo y dirigida por José Luis Martín, tienen la oportunidad de descubrir hasta qué punto ese tópico se distancia de los contornos que esa provincia asumió a través de unas dinámicas históricas cuyas complejidades son borradas por la imagen estereotipada. En efecto, el objetivo esencial de *Historia de Salamanca* es estudiar los procesos de transformación y modernización sociales, económicos, políticos y culturales que a lo largo del XIX tuvieron lugar en ese espacio castellanoleonés. Un propósito tan ambicioso ha requerido la colaboración de especialistas en cada uno de los ámbitos

analizados. Se trata, pues, de una obra de equipo, con todo lo que ello implica. Los autores tratan con minuciosidad cada una de las perspectivas examinadas: la crisis del Antiguo Régimen (Ricardo Robledo y Claudio Calles), el liberalismo censitario y el ensayo democrático del Sexenio (Rafael Serrano), la evolución demográfica (Joaquín Maldonado), las bases del capitalismo agrario (Ricardo Robledo y Javier Infante), la industria (Rosa Ros Massana), el desarrollo del mercado interior (Ricardo Robledo) y la escuela primaria y la cultura popular (José María Hernández). El volumen se cierra con un epílogo dedicado a la Restauración, redactado por Pedro Carasa y Santiago Díez Cano.

Como he dicho, lo primero que llama la atención es la meticulosidad del trabajo realizado. A diferencia de otras obras del mismo tenor, los autores nos ofrecen mucho más que una nueva versión de «lo ya conocido». Ciertamente, el punto de partida en todos los casos ha sido la investigación desarrollada en las dos últimas décadas. Pero han ido más allá: han buscado y analizado documentación inédita, archivística o bibliográfica, en aquellos aspectos o problemas insuficientemente estudiados y han contrastado esos datos e informaciones con lo conocido hasta ahora. El hecho de que ello suceda en todos los capítulos sugiere que la coordinación no sólo se ha desplegado en el ámbito interpretativo, sino también en el metodológico, lo cual, como bien se sabe, es a menudo más una aspiración que una realidad. Por otra parte, los historiadores rechazan explíci-

*Hispania*, LXIII/1, núm. 213 (2003) 327-396

tamente la función del narrador omnisciente. Es decir, hacen partícipes a los lectores de «los desiertos historiográficos» existentes y, en consecuencia, de las descripciones, narraciones, hipótesis o esbozos de explicaciones desarrollados sin ocultar en ningún caso los perfiles difusos que ello pueda entrañar. Al no pretender exponer interpretaciones cerradas en sí mismas, abren nuevos campos para futuras investigaciones. En definitiva, estamos ante un volumen que es mucho más que una digna obra de divulgación de historia de la provincia de Salamanca. Aquí se encuentra, desde mi punto de vista, uno de los grandes méritos de los autores, pero también una de las tensiones implícitas, ya que ¿cuál es el público al que se dirige, además del universitario? El posible lector debe previamente disponer de un bagaje histórico tanto por lo que se refiere a algunos fenómenos contemporáneos como a procesos cuyos orígenes se adentran en la época moderna. Tal vez sea ésta la otra cara de un libro que en ningún momento hace concesiones que limiten la propuesta investigadora e interpretativa.

Que el espacio sea el local-provincial no significa, en absoluto, que se trate de una historia localista. Sólo desde perspectivas esquemáticas o, peor todavía, ignorantes de los procesos de formación del Estado-nación, de los ámbitos privilegiados de la lucha política y del liberalismo, de la dinámica de configuración del poder político o de las bases y perfiles de la sociedad capitalista podría calificarse de tal la aproximación a la historia de Salamanca coordinada por Ricardo Robledo. Por la misma naturaleza de los fenómenos analizados, la historiografía del siglo XIX no puede, ni debe, renunciar a los espacios locales, cuya ex-

ploración, por otra parte, exige la crítica de apriorismos normativos emanados de ciertos planteamientos teóricos así como una reconsideración de las transformaciones acaecidas en la España del siglo XIX.

Con mayor o menor intensidad, cada uno de los autores de *Historia de Salamanca. Siglo Diecinueve* estudia un problema histórico con voluntad de discutir y cuestionar algunas tesis bien arraigadas en determinados ámbitos académicos. Frente a postulados más o menos continuistas que rebajan el alcance social y político de la revolución liberal, los capítulos redactados por Ricardo Robledo y Rafael Serrano ofrecen suficientes argumentos para rechazar esa continuidad sin matices, incluso en una zona, como Salamanca, aparentemente propicia a ajustarse a los esquemas de la «sociedad agraria tradicional». La crisis del Antiguo Régimen y el triunfo de un liberalismo de contornos conservadores no fueron meros fenómenos «epidérmicos» sin consecuencias en la configuración de la sociedad decimonónica. Ni ambos procesos tuvieron lugar en una sociedad, la del siglo XVIII, caracterizada por una estructura binaria de señores y campesinos. Como bien explica Ricardo Robledo, fue una sociedad previamente «alterada» (p. 50), por el ascenso de un grupo de grandes arrendatarios o por la acentuación de las diferenciaciones sociales en el seno de las comunidades campesinas, la que protagonizó las grandes corrientes de cambio del siglo XIX. En palabras de Rafael Serrano, «hubo ruptura, pero en un contexto de transformaciones en un sentido capitalista, que venían de mucho más atrás» (p. 195). El resultado de esa ruptura no fue, pues, la creación sú-

bita de un nuevo mundo, pero tampoco la pervivencia de las viejas jerarquías sociales: ni siquiera aquí la nobleza fue «un vencedor neto», capaz de trocar su señorío en propiedad (p. 312), por no hablar del profundo descalabro que sufrió la Iglesia.

Esta voluntad analítica de introducir los grises de la historia, es decir, de establecer las peculiaridades de dinámicas que no se dejan atrapar en esquemas simples y lineales, se despliega también a la hora de estudiar los procesos económicos. No hay duda de que la Salamanca del siglo XIX no experimentó cambios más o menos drásticos en su demografía o en su estructura productiva. Pero esa constatación no conduce necesariamente a interpretaciones en clave de continuidad en el atraso/fracaso o de sociedad tradicional. La gran labor que han hecho todos los autores ha sido mostrar y explicar los pequeños cambios silenciosos: un crecimiento demográfico inferior al español entre 1786 y 1910 pero de mayor vitalidad que el manifestado por el conjunto de la población castellanoleonesa; un crecimiento agrario que no se redujo a mecanismos meramente extensivos, sino que dispuso también de la intensificación del trabajo familiar, la difusión del cultivo de la patata o una cierta especialización en viña y olivar; una economía esencialmente agropecuaria que, además, se vio inmersa en un proceso de desindustrialización en la segunda mitad de la centuria, no obstante lo cual el sector industrial tuvo mayor capacidad de resistencia que el resto de la región y experimentó iniciativas y realizaciones importantes, algunas fracasadas — como la industria papelera o la construcción de maquinaria textil— y otras

parcialmente exitosas —la industria lanera de Béjar, por ejemplo—; o, por último, un persistente analfabetismo que no puede oscurecer el hecho de que en comparación con la mayoría de las provincias españolas Salamanca ofrece altas tasas de alfabetización.

Todos estos cambios, lentos pero significativos, tuvieron lugar en el siglo del liberalismo. De un liberalismo que adquirió en el caso salmantino unos tintes específicos. A diferencia de lo que sucede en otras zonas, Salamanca fue, a pesar del movimiento reformista dieciochesco vinculado a sectores de la Universidad, limitadamente receptiva al mensaje liberal, con la excepción de Béjar o Ciudad Rodrigo. No obstante, esta realidad no facilitó el arraigo del carlismo en el segundo tercio del siglo XIX. Es una paradoja señalada por los autores: por mucha enemistad que suscitara la política liberal de 1820-1823, el realismo no cristalizó en un fuerte carlismo. Más aún, como movimiento insurreccional, el carlismo fue prácticamente inexistente y hubo que esperar a la época del Sexenio democrático para que se convirtiera en una fuerza política organizada. Esta paradoja requeriría una explicación más detenida. Si, como es obvio, no responde a la estereotipada y relativa apacibilidad de los ciudadanos, las razones deberían buscarse en el fracaso rotundo de la opción absolutista en 1830-1833 y, sobre todo, en el campo de compromisos sociales y políticos que logró consolidar el moderantismo salmantino. Un mundo moderado que, a pesar de sus rasgos autoritarios e incluso neocatólicos, no estuvo abierto a todas las elites del antiguo régimen y, sobre todo, fue el resultado de un proceso revolucionario.

*Hispania*, LXIII/1, núm. 213 (2003) 327-396

La sociedad postrevolucionaria, cuyos fundamentos difícilmente admiten interpretaciones de corte regeneracionista o costista, no fue un mundo estático. La larga continuidad de la elite política salmantina, surgida de las movilizaciones de las décadas de 1830 y 1840, no debería oscurecer los cambios internos acaecidos en su seno antes de 1868, ni las tensiones internas por el reparto del poder surgidas durante la Restauración —«las pugnas interpersonales» analizadas por Pedro Carasa y L. Santiago Díez—. El dominio elitista, por otra parte, fue paralelo a la débil consistencia de los movimientos de protesta. Tiene razón Rafael Serrano cuando, al asumir las tesis de J. Scott, insiste en la necesidad de modificar la mirada de los historiadores: no buscar rebeliones abiertas, sino «las

formas cotidianas de resistencia» campesina o popular —incluida la violencia, que pervive en los años de la Restauración—. Aun asumiendo plenamente su propuesta, no deberíamos obviar por completo otra alternativa social, la de la colaboración subalterna y jerarquizada. Los vínculos de relación social entre propietarios, pequeños colonos, jornaleros pueden no agotarse en la resistencia cotidiana individual.

En cualquier caso, en cada uno de los capítulos se ofrecen suficientes argumentos para discutir las visiones de calma, placidez y tradición tan caras a los viejos cronistas y a algunos nuevos historiadores. De este modo, lo que el lector encuentra en esta obra es un escenario más vivo y más dinámico y, por tanto, más histórico.

---

*María Cruz Romeo Mateo*  
Universitat de València

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio; MANZANO, Eduardo; LÓPEZ FACAL, Ramón; y RIVIÈRE, Aurora: *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica (Serie: Contrastes), 2000, 276, págs., ISBN: 84-8432-123-3.

He aquí, en el 2000, un volumen de bello título, no tan bello subtítulo y relación problemática entre uno y otro. Es libro colectivo, comprobándose por su transcurso que responde realmente a trabajo en equipo. Lo trato así como obra conjunta sin andar individualizando responsabilidades. Introduce, dirige y concluye Sisinio Pérez Garzón, quien lleva tiempo indagando, reflexionando y publicando sobre el asunto. Presenta y explica los planteamientos teóricos que se asumen y también desarrollan por cada partícipe.

Comencemos por el escaparate de la portada, el que ofrece la camisa en edición encuadernada. Observemos el bonito título, el deslucido subtítulo y el problemático nexos. Como fenómeno que se entiende no sólo individual, sino también y ante todo colectivo, *la gestión de la memoria* constituye una dimensión de cultura. Como función definitivamente pública, *la historia al servicio del poder* añade esta presuposición de un apoderamiento, mas no exactamente cultural, sino político. No se habla de la historia *como ejercicio* de poder, sino *al servicio* suyo.

*Hispania*, LXIII/1, núm. 213 (2003) 327-396